

Segunda Guerra Mundial:

LA CRIPTOGRAFÍA Y EL ATAQUE A PEARL HARBOR

Alejandro N. Bertocchi Morán*

Durante la Segunda Guerra Mundial fue determinante el empleo de la información cifrada y el rol de la inteligencia en el desenlace de la guerra.



Desde que se conoce la escritura, la criptografía -especialidad tomada de la lexicografía como recurso técnico que puede alterar una misiva cifrando su contenido- conforma una de las armas más inteligentes utilizada para transportar informaciones bajo secreto desde tiempos inmemoriales. El tronar de los tambores, los gritos onomatopéyicos, el humo, el brillo del sol, el trastoque de palabras, y etcétera, fueron recursos de grandes capitanes de la historia, en guerra o paz. Entonces, en infinidad de oportunidades estos sistemas había que esconderlos del conocimiento enemigo, por todo el tiempo que se pudiera

ganar. Esto llevaría a todos los bandos a crear la decodificación como una especialidad que se vería consolidada en tiempos modernos frente a la escalada de las necesidades inherentes al desarrollo vertical de los conflictos.

Ya antes de Cristo; egipcios y hebreos utilizaban una determinada trasposición en sus complejas escrituras. El mismo Herodoto nos hace un relato de cómo tanto para la guerra, como en intrincados asuntos religiosos, se usaba el cifrado en esteras de cera o madera, en bastones cubiertos de cuero e incluso en tatuajes en la cabeza de algún esclavo. Así se buscaba el secretismo

* Profesor de Historia de los Conflictos Armados (IMES). Miembro de la Comisión Editorial de la Revista Naval. Bachiller en Tecnología Mecánica. Vicepresidente Segundo de la Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial. Destacado Colaborador de la Revista de Marina, desde 2008.

para diversos asuntos; no en balde una breve acotación del Kama Sutra (escrito en sánscrito entre los años 240 - 550 d. C.) suponía una suerte de técnica para que los amantes pudieran ocultar sus movimientos a la vista de ojos curiosos.

Signos y significados

Y dentro de este espacio histórico clásico son innumerables las anécdotas de cómo se intentaba crear lenguajes simbólicos usando los más variados y enigmáticos elementos. Una de ella proviene del historiador militar pionero, el general ateniense Jenofonte (445- 355 a. C.), quien relató que en su famosa "retirada de los Diez Mil", se utilizaron diversos colores para definir maniobras propias o del enemigo. Por su parte Homero relata cómo Teseo partió a la conquista del Vello de Oro poniendo velas negras a su navío, ofreciendo cambiarlas por otras blancas si el éxito coronaba su empresa; pero a su ansiado retorno, su padre, el viejo Egeo, que le aguardaba en la playa, al ver las telas negras ondear sobre el buque de su hijo, creyéndolo derrotado, se precipitó al mar al cual dio su nombre. Teseo, tornaba triunfante, pero fatalmente su padre, había confundido sus señales.

Asimismo, siguiendo este terreno el clásico cronista Polibio (200 - 118 a. C.) detalla la denominada "Escitala", un sistema basado en trastocar y/o sustituir signos tallados en tablillas de madera, métodos que fueron utilizados por las facciones griegas en sus interminables conflictos. El mismo Aníbal (247 - 183 a. C.) utilizó para sus misivas diversos dialectos africanos ininteligibles para sus rivales romanos y ya podemos señalar que el primer manual de criptografía militar, que se dice conocer, fue obra de Julio César (100 - 44 a. C.), aunque la investigación haya perdido su registro.

Durante siglos, todos estos elementos utilizados fueron siempre vulnerables y hasta el mismo Corán, con sus elípticas citas escondidas, no resistió el análisis de los estudiosos. Por ello la proliferación de las escuelas criptográficas surgieron de cara a

necesidades de las comunicaciones, apreciándose diversas influencias propias a las etnias y a las características de cada lengua. Ya en la Edad Media el surgimiento de poderosas casas de banco en Portugal, Holanda y especialmente el norte italiano, sumado a las inevitables colisiones del poder político y religioso, significó la aparición de decenas de formatos cifrados que evolucionaron siempre basados en reglas de trasposición de palabras que resultaban muy elementales en sus traducciones. Imperiosas necesidades de Estado buscaban hallar secreto en sus disquisiciones y los sistemas de correos no eran fiables en una era de comunicaciones muy precarias y sujetas a largos lapsos de tiempo.

El primer manual de criptografía militar, que se dice conocer, fue obra de Julio César (100 - 44 a. C.)

Todas estas técnicas elaboradas sobre una base intelectual conformada por una serie de sustitución de palabras y signos, nunca se consideraron invulnerables

y, ante los sucesos diarios, habrían de hallar su final. En 1460 el polifacético sacerdote, escritor y arquitecto genovés León Battista Alberti (1404 - 1472) inventó el cifrado polialfabético al que bautizó "**tratado de cifras**" un sistema basado en una elaboración matemática, donde se marcaban códigos que encubrían letras algebraicas. Alberti, contemporáneo de Leonardo, fue uno de los mayores intelectuales del Renacimiento.

Desde entonces, en las lides de la diplomacia o la guerra, las técnicas criptoanalíticas se transformaron en algo usual frente al surgimiento de más y más métodos de cifrados que cubrieron una etapa histórica europea dominada por una feroz expansión mercantilista y un enfrentamiento político - religioso que dejó huella.

En este ítem las incursiones que determinados personajes históricos tuvieron dentro de la criptografía, tanto para fines de sus patrias, como de intereses particulares, son tan variadas como las mismas crónicas de sus siglos: Thomas Jefferson (1743 - 1826), Alessandro Volta (1745 - 1827), Samuel Morse (1791 - 1872), Frederick Marryat (1792 - 1848), Louis Braille (1809 - 1852), Edgard Allan Poe (1809 - 1849), Julio Verne (1828 - 1905), son solo algunos nombres que trabajaron en la elaboración de claves.

Aquí recaba el sentido literal de la criptografía y sus elementos conexos: el de que existía -y

existiría siempre a todo nivel- un deseo de dar seguridades a las comunicaciones; una experiencia vital y compleja que respondía a las apetencias humanas. Algo unido al gris mundo del espionaje que a su vez suponía la aparición de factores que si bien no eran nuevos en esto de los conflictos armados, abrigaban la imposición de elementos que a tenor de los avances materiales serían, ya, como lo afirmaba Napoleón, absolutamente indispensables.

Va a ser durante el siglo XX, con sus dos grandes guerras mundiales, donde la criptografía alcanzaría su clímax, por la masificación de su uso en todos los teatros. ¿Se había logrado la confidencialidad soñada por todos? No. El cifrado era tejido cada vez por más complejas fórmulas y la labor de descifrado iba fraternalmente unida a ellos en forma simétrica. Además la ambivalencia era clara y sujeta al fingimiento donde los errores se pagaban muy caro. Ejemplo fue el célebre “telegrama Zimmermann”, detonante de la declaración de guerra de EE.UU. a la Alemania imperial en 1917; quizás un indiscreto error de la diplomacia alemana, o para alguna franja de la investigación, una afortunada carnada de la inteligencia británica para motivar al presidente Wilson a dar guerra al Kaiser.

La prehistoria de Pearl Harbor

Durante la Segunda Guerra Mundial, y muy en especial en el teatro del océano Pacífico, fue donde la criptografía tuvo tanto destaque que hoy una abundante investigación señala que los tiempos de dicha conflagración fueron sensiblemente acortados y que por ende se ahorraron preciosas vidas salvando espacios que de lo contrario hubieran supuesto mayores sufrimientos y devastación. Si bien sobre el teatro europeo los trabajos de inteligencia propia sobre el enemigo tuvieron hitos importantes, se denota que jamás obtuvieron una resonancia tan absoluta como en el caso del enfrentamiento EE.UU. - Japón.

Dentro de este capítulo tan puntual, no caben dudas que el frente del Pacífico, desde Pearl Harbor a Hiroshima, tuvo niveles de encarnizamiento y violencia similares a los acaecidos en los campos de Europa oriental donde la Alemania nazi y la URSS soportaron

altos niveles de bajas militares y civiles. Estos dos casos tan particulares, fueron guerras a muerte incubadas por una cerrada oposición de intereses, de raíces políticas e incluso raciales. Así lo dice la crónica. Ello está registrado en la historia y no es necesario gastar más letras en su explicación.

Episodios como el ataque japonés sobre Hawaii o la batalla aeronaval de Midway se transforman en la mayor apología que pueda hacerse en torno a la criptografía, como la ciencia madre que posibilitó que sucesos de tamaña espectacularidad volcaran sus favores hacia el bando más preparado en el sutil camino de las comunicaciones escondidas y el espionaje a distancia.

A finales del siglo XIX se dejaba ver que los intereses de EE.UU. y el Japón se enfrentaban en relación a sus esferas de influencia. Por ejemplo, en torno al gigante chino. Y ni siquiera la guerra con Rusia (1904 - 1905), donde los nipones obtuvieron la victoria, pudo aventar tal peligro pues las políticas emanadas desde Washington en relación al Extremo Oriente, se encuadraban siempre dentro de un marco de oposición a todo aquello que significara un avance de Tokio hacia la consumación de un “espacio vital”. En este último caso el archipiélago japonés carecía de las materias primas necesarias como para alcanzar tal definición y el avance hacia las metas soñadas para la consumación de la prosperidad del imperio del sol naciente, se veían obstaculizadas por las dificultades que imponía la White House para frenar cualquier movimiento hacia el sur, donde se hallaba el petróleo y los necesarios elementos para que los intereses nipones hallaran su sostén.

A su vez, se contraponían dos formas de entender el mundo. Mientras la vigorosa democracia estadounidense, luego de la Primera Guerra Mundial, conformaba la primera potencia económica e industrial del orbe, la estructura de poder japonesa mostraba cada vez más la intrusión de una fuerte casta militarista que prontamente, dadas las idas y vueltas de las políticas internas sumadas ahora a la situación externa, se adueñaría de la dirección del Estado.

La inquina venía desde la misma Conferencia de Versalles de 1919 donde el Japón sufrió un



■ Ataque a Pearl Harbor, 7 de diciembre de 1941.

gran desengaño; pues las promesas de la Gran Bretaña y los EE.UU. de otorgar al imperio el necesario protagonismo en el lejano oriente no se dieron y las concesiones que habían sido prometidas fueron largamente discutidas. Las potencias anglosajonas se erigieron en protectores de China e incluso hasta de la naciente URSS. Cuando en 1920 los japoneses quisieron intervenir militarmente más allá de Mongolia, los EE.UU. se opusieron firmemente. Dos años después en el marco del tratado naval de Washington, los nipones se vieron forzados a limitar sus construcciones en una forma por demás fastidiosa, resultando este hecho una representación cabal de que sus intereses se hallaban totalmente opuestos a las intenciones de los occidentales. Tal es el espectro de lo que se viviría sobre el Pacífico pocos años adelante.

Entonces, fatalmente, en las mesas de estudio de los diversos estados mayores, el imperio del Japón y los EE.UU. se enfrentaron en sucesivos "juegos de guerra" enmarcados en un in crescendo que se fue sobreponiendo y surgiendo en el mundo diplomático con tibios matices. Uno de los elementos que salió a luz, merced al tráfico

de los mensajes de la diplomacia japonesa, fue la pesada controversia, que se instaló en las altas esferas niponas sobre quien lanzaría el primer golpe: ¿EE.UU. o la URSS? Una interrogante que quitó el sueño de muchos durante meses y meses.

Así la firma del pacto Antikomintern en noviembre de 1936, entre Japón, la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, fue el aldabonazo que desnudó a ojos de Roosevelt las intenciones de los nipones y es así que todo lo anteriormente señalado se agravó aún más. Las idas y vueltas y la incertidumbre de la situación a escala mundial enmarcó a la facción más radical del Ejército japonés, apoyado por políticos extremistas como el ministro Matsuoka, a decantarse por la acción contra los EE.UU., mientras la enorme mayoría del almirantazgo consideraba grave error atacar al gigante estadounidense. Este hecho mostraba la miopía de la troika dirigente nipona que afiliada a la ideología racista del filósofo Toyama, preconizaba las teorías de la "guerra relámpago" y el ninguneo del enemigo, un claro y utópico sentido que se radicalizó en cuanto los alemanes aplastaron raudamente a Polonia y Francia, tras el estallido del conflicto en Europa.

Estas discusiones fueron cruentas entre la Marina y el Ejército. Multitud de actos terroristas se dieron contra varios jefes navales y políticos moderados, mientras el Almirante Yamamoto debió permanecer más de un año a bordo de su buque no bajando a tierra ya que se hallaba amenazado de muerte por los extremistas castrenses. En definitiva, el Ejército nipón proponía una guerra naval contra EE.UU., Gran Bretaña y Holanda; mientras la Armada ponía su mira hacia la URSS y China. La lectura de las fuentes documentales así lo dicen; mientras el cierre que consolidaba esta dirección se da cuando Japón firma un pacto de no agresión con la URSS el 13 de abril de 1941. Los halcones que primaban por el avance hacia el sur y por consiguiente por la guerra con los occidentales, ganaban la partida¹.

La escalada hacia el choque final, desde septiembre de 1939 a diciembre de 1941, es definida por los historiadores como una suerte de “guerra no declarada”, ciertamente, teniendo en primera fila al presidente Roosevelt con ríspida elocuencia: los convenios de préstamo y arriendo con la Gran Bretaña, la negativa de venta de petróleo (bloqueo energético) y el cierre del canal de Panamá a la navegación nipona, las presiones contra Vichy para evitar la penetración japonesa a Indochina, la ayuda constante a China, la clausura del comercio insular hacia territorio estadounidense y filipino; en fin, en buena medida un humillante peldaño a peldaño en búsqueda que Tokyo diera un paso en falso. Las medidas de Roosevelt retroalimentaban a los radicales del “Dai Nippon”. La crónica histórica de marras lo expresa en forma nítida.

La criptografía tuvo un enorme peso en esos meses cruciales y aquí es de notar la inferioridad nipona en este aspecto. Sus servicios de inteligencia no lograron, ni antes ni durante la guerra, penetrar a sus pares británicos y estadounidenses ni establecer algún foco en sus territorios; todo un fracaso que en el mundo del espionaje y sus cosas anejas, resulta demasiado grosero. Quizás el hecho que la inteligencia española se encargara de espiar, a cuenta de los japoneses desde 1942

a 1943 a los medios estadounidenses, da una señal de hasta donde arribó este aspecto tan importante para proseguir cualquier conflicto. Esto último supone que ello, al ser también las cifras hispanas totalmente decodificadas por la inteligencia de los EE.UU., solo significó un peso para Franco que, para su fortuna, nunca alcanzó un nivel de peligro o siquiera una mínima significación para Washington. Y la masacre de Manila de 1944, donde los nipones asesinaron a parte de la población filipina de ascendencia española, cortó de una vez con toda aquella muy tibia colaboración².

El clímax del criptoanálisis

Sobre el caso de los meses previos al ataque del 7 de diciembre de 1941 sobre Pearl Harbor se han dado a luz innumerables libros, investigaciones y notables films. En resumen un hecho mediático formidable y un evento espectacular para aquella guerra tan destructiva que no en balde culminó con la bomba atómica. También, luego del evento, nada menos que siete investigaciones estatales de gran entidad -entre el Congreso, la Marina y el Ejército, a las que habría que sumar asimismo varias de fuentes privadas- hurgaron el tema. De toda esa maraña sobresale fuertemente no sólo lo sorprendente del ataque japonés, con tan considerables medios navales a una posición tan al Este, sino la conducta de Roosevelt y su gabinete más cercano, que, además, conocieron buena parte de las intenciones adversarias y poco hicieron con respecto a evitar el primer golpe. El hecho en sí mismo refleja que los servicios de inteligencia estadounidenses lograron penetrar la madeja de los códigos nipones en tan alto grado que de todo esto sobresale aquello de que en la Casa Blanca habían leído el telegrama de declaración de guerra antes que el mismo embajador Nomura lo presentara al Secretario Hull. El círculo de difusión de los mensajes descifrados solo encuadraba a la Casa Blanca, los secretarios de Estado, Guerra y Marina más el Jefe del Estado Mayor del Ejército y el jefe de operaciones navales. Y nada más. Ellos eran los únicos depositarios de todos los mensajes del adversario. Tal circuito no

1. Luego del pacto con los soviéticos hubo varios conciliábulos donde se manejaron las iniciativas a tomar ante el avance alemán sobre Moscú que parecía incontestable. Pero en una reunión del supremo consejo de guerra el Ejército japonés, por medio del General Tojo, se impuso ampliamente: guerra contra EE.UU., la Gran Bretaña y Holanda. El atento lector tiene ante sí el hecho de que esto no solo salvó a la URSS del desastre, sino que las divisiones siberianas fueron enviadas al Oeste y contuvieron a los alemanes a la vista de la capital soviética, aliados al “general Invierno”.

2. Alguna fuente indica que en esos meses de 1944, dada la magnitud de los hechos de Manila, en Madrid se habría sostenido la posibilidad de que España declarara la guerra al Japón.

tenía un terminal en Pearl Harbor, cuyo comando recibió el alerta cuando ya las primeras bombas niponas caían sobre la flota del Pacífico.

Pese a que tanto el Ejército o el Departamento de Estado, o asimismo la CIA, el FBI y hasta la US Coast Guard, poseían servicios de inteligencia que laboraban sobre medios del extranjero, fue la marina estadounidense la que logró mayores resultados, en especial contra Japón. Aunque su rivalidad con el SIS (Signal Intelligence Service) de sus colegas del Ejército dio nota y lugar para que se tomara un trabajo conjunto que en numerosas ocasiones se complementó eficazmente.

En 1922 se había establecido en el Departamento de Marina en Washington D. C. la denominada OP-20-G (Oficina del Jefe de Operaciones Navales, 20 División, Sección G) encaminada a diseñar una misión de decodificación de las cifras utilizadas por varias potencias extranjeras. De tal manera y dada las ya crecientes posibilidades que el Japón fuera el rival de mayor peligro; se desarrolló un entorno muy positivo de cara al trabajo sobre una codificación muy compleja como suponía serlo la de origen nipón. Dos años después se había logrado poseer una cohorte de sujetos que dominaban el idioma japonés, en especial el dialecto “kana”, muy utilizado por Tokyo porque la dirección nipona creía que esta rara derivación lingüística era poco conocida. Se equivocaron. De tal manera se comenzó una labor prácticamente en las sombras que ha sido pasada al papel en varias obras referentes donde se denota la inevitable polémica sobre la real importancia que la revelación de las claves enemigas tuvo en el desarrollo de los acontecimientos, tanto anteriores como posteriores a los eventos³. Y sobresale el hecho que los encargados de tal empresa no poseían un nivel de comunicación con peso en la toma de decisiones ulteriores ya que, como es reflejado en la crónica, tuvieron la declaración de rotura de hostilidades en mano horas antes del estallido final y fueron simples espectadores de cómo el poder político y su burocracia encaraba el suceso.

Entonces, aquel domingo de diciembre en la capital estadounidense fue para las gentes de la

OP-20-G y el SIS una jornada frenética, aunque no así para el Departamento de Estado, el Pentágono y la Casa Blanca que a paso de tortuga tomaron sus decisiones. La crónica que todos conocemos así lo dice con toda frialdad. En suma; por algo las sucesivas investigaciones, y los consejos de guerra establecidos sobre el Almirante Kimmel y el General Short (Comandante de la Flota del Pacífico y del Ejército en Hawaii respectivamente), mostraron al mundo la entidad del manejo que en las altas esferas se hizo con las informaciones que la inteligencia propia estaba derramando sobre las mesas del poder.

Código “Purple”

En el caso concreto que se analiza tenemos que el código japonés denominado “Purple” era utilizado por su diplomacia y constaba de letras y números entremezclados en forma muy compleja; por lo que era cifrado y descifrado siempre utilizando una máquina. Cada tanto se lo modificaba, pero era tan dificultoso que ese procedimiento a veces se obviaba o se dilataba su cambio, cosa muy peligrosa para los intereses en juego. Pero Tokyo confiaba a ojos cerrados en las bondades de sus criptógrafos, situación que fue su perdición siendo manifiesta la diferencia con sistemas como el alemán, por ejemplo, que poseía un afiatado método de constante cambio de cifras, aunque también la inteligencia británica logró entrar a sus códigos.

Es entonces que se logran confeccionar varias máquinas decodificadoras cuya alegoría las hacía ser consideradas mágicas dado su alto nivel de funcionamiento; es que en realidad cada una de ellas era un genuino símil de su contraparte japonesa. Se hicieron unas siete copias de dichas máquinas: dos quedaron trabajando las 24 horas en el SIS, otras dos en la OP-20-G bajo el mismo orden de trabajo para así ser vigiladas todas las emisiones niponas; una fue enviada a Corregidor a órdenes de Mac Arthur y dos de ellas fueron entregadas a la Gran Bretaña que las instaló en Londres y Singapur. Así todas se complementaban en la tarea de espiar al todavía no declarado adversario japonés.

3. La historiografía japonesa en general sigue negando el hecho de que la inteligencia estadounidense haya desentrañado sus sistemas criptográficos; con honrosas excepciones. Si bien hubo irrupciones de los agentes encubiertos en varios consulados del imperio tanto en los EE.UU. como en Asia, lo sustraído no fue relevante como para afirmar que con dichos elementos se hayan abierto tantas cifras y claves tan complejas a lo largo de tantos y tantos meses.

A principios de 1940; EE.UU. habían descifrado el código "Purple" y por ende la diplomacia nipona carecía de la más mínima cobertura. Era una situación que a esta altura parece hasta poco creíble. Pero se dio y la única dificultad sufrida fue que la gran cantidad de mensajes en ocasiones tenía que ser clasificada y filtrada en razón de su interés y el personal a cargo no daba abasto. Se señala que de un total de ochocientos mensajes, sólo se hacía llegar a los destinos superiores unos 40, por lo que el proceso de ordenación era algo muy pesado para aquellos encargados del sistema, con las responsabilidades del caso, ya que ellos definían que tal o cual papel no era relevante.

Los "Magic"

Los textos decodificados se denominaron "Magic" y se convirtieron en la principal baza en torno al conocimiento de los planes de Tokyo, y evidenciaron el avance notorio de la inteligencia estadounidense y su dominio de las comunicaciones del enemigo.

Pero, en referencia a los criptosistemas del Ejército y de la Armada imperial ocurría todo lo contrario. Los primeros basaban sus comunicaciones exclusivamente en claves literales y sus mandos mostraban siempre gran preocupación por su seguridad; por lo que se cambiaban casi periódicamente. Por su parte la Armada nipona usaba cifras en mayor medida que letras y las entremezclaba con numeraciones algebraicas y otros signos; todo un enrevesado sistema que parecía impenetrable y que además poseía más de cuatro variables denominadas "FLOTA", "S", "SA" y la clave "GENERALES DE MARINA", siendo esta última la que, a la postre, resultaría más difícil de desentrañar, al menos hasta más allá de la batalla de Midway. La historia de cómo se logró tamaña tarea tiene sus bemoles y no sólo se trató de ortodoxas tareas de escucha, recibo y descifrado; sino de subrepticias operaciones como la efectuada mediante un golpe de mano el 29 de mayo de 1941 por un grupo de agentes

de la inteligencia naval que fingiendo ser agentes de aduanas subieron a bordo del ballenero "*Nichi Shin Maru*", buque factoría de una compañía pesquera japonesa, cuando navegaba a unas 20 millas de San Francisco, con el pretexto de que portaba contrabando. En el registro, donde nada ilegal se halló, se logró apoderarse de la clave SA, las coordenadas radiotelegráficas de toda la navegación nipona del Pacífico y las claves del servicio meteorológico. Naturalmente, el adueñarse de esta documentación puso en guardia a la inteligencia japonesa, aunque muy tarde ya que la radioemisora del ballenero fue averiada "sin querer". Y ese lapso de tiempo dio para un estudio profundo de la configuración de las claves enemigas y de sus datos más esenciales⁴.

En los meses cruciales antes de Pearl Harbor la Armada imperial efectuó radicales cambios en su "GENERALES DE MARINA", impidiendo, por ejemplo, su lectura durante julio y agosto, justamente el período donde Tokyo tomaba algunas decisiones en torno a la dirección del futuro conflicto. Pero todo culminó en septiembre pues la OP-20-G logró abrirla parcialmente aunque en forma bastante clara como para hacerla legible. Este triunfo fue coincidente pues el SIS logró también desentrañar la clave "MORADA", la última y más compleja del servicio diplomático. Dentro del mundo del espionaje este fue un hecho de notable rango que demuestra que ninguna cifra se halla libre de perder su virginidad.

Japón pierde la guerra criptográfica

Bien se puede señalar que el desarrollo de la guerra criptográfica en el océano Pacífico demuestra como el Japón la perdió. Las autoridades del imperio del Sol Naciente no fueron capaces de diseñar un sistema fiable para sus comunicaciones y ni siquiera se dieron cuenta del alcance de este factor; pese a las filtraciones que existieron de parte adversaria⁵. Es que ni siquiera la debacle sufrida en Midway (el Stalingrado japonés) alertó al mando

4. Lo que hace a este tema apasionante es que subsisten ininidad de fuentes de investigación que señalan que la clave "GENERALES DE MARINA" tenía varios códigos que nunca pudieron ser rotos. Cuando en 1994 la familia del Almirante Kimmel intentó defender su memoria ante el Congreso se abrieron los archivos del Pentágono donde surge que recién al final de la guerra se pudieron leer algunos de los comunicados cifrados que se dieron en aquel 7 de diciembre de 1941.
5. En enero de 1942 se formó una comisión investigadora sobre Pearl Harbor donde tanto el Almirante Kimmel como el General Short fueron acusados de negligencia y pasados a retiro forzoso. Hubo una indiscreción que saltó a la prensa que señalaba que la Casa Blanca conocía de antemano los movimientos japoneses. Pero este hecho no alertó a Tokyo.

nipón de la entidad de la penetración de sus sistemas de inteligencia, cosa que supone una encarnizada polémica que aún subsiste, como indicamos.

Y tamaña inconciencia tendría su final tras otro grave desastre donde resultó de baja el mismo Almirante Yamamoto. Nos referimos a la denominada “Operación Venganza” ordenada directamente desde la Casa Blanca. A las 06:36 de la mañana del día 17 de abril de 1943; la estación de Dutch Harbor (Aleutianas) interceptó un mensaje cifrado procedente de la base naval de Truk que llevaba el indicativo del buque insignia del comandante en jefe, el acorazado “Musashi” que se hallaba allí fondeado. Tal cifra fue reenviada a Washington donde la OP-20-G la descifró raudamente y la entregó sobre las 11:00 horas al secretario Knox. El mensaje apercibía que el Almirante Yamamoto iba a hacer una visita de inspección a la guarnición de la isla de Bougainville, por vía aérea, indicando el número y entidad de su escolta, así como la hora de su arribo a la zona señalada marcada para el día siguiente. A pocas horas de la tarde el mando aéreo del aeródromo de Henderson en Guadalcanal recibió una perentoria orden de Knox de atacar y destruir

los aviones enemigos señalando que el presidente concedía máxima importancia a la operación.

“La “operación venganza” fue un grave error norteamericano pues aunque se guardó en la más absoluta reserva, levantó en los japoneses la horrible sospecha de que las claves de la Teikoku Kaigun habían sido rotas por el enemigo... y a partir de entonces privó a las FF.AA. de los EE.UU. de la inapreciable ventaja que habían disfrutado sin interrupción desde el ataque a Pearl Harbor, que entre muchas otras cosas hizo posible la gran victoria de Midway.”⁶

En resumen, la apasionante historia de los decodificadores estadounidenses puede llevar a simplificar el mismo resultado de la Segunda Guerra Mundial pues, asimismo, no se puede negar que la victoria más alta de la US Navy se dio en Midway, con todas las cartas en la manga del Almirante Ray Spruance. Empero, como señalamos, en el acotado teatro europeo la inteligencia británica también rayó alto en lo concerniente a su enfrentamiento con alemanes e italianos. En suma no puede haber duda de que un espía en el lugar adecuado puede llevar a la victoria que siempre beneficia al más preparado.

BIBLIOGRAFÍA

1. Dahms, H.G. “La Segunda Guerra Mundial”. Barcelona. 1966.
2. De la Sierra, Luis. “La Guerra Naval en el Pacífico”. Barcelona. 1979.
3. Farago, Ladislav. “El Sello Roto”. Barcelona. 1974.
4. Humble, Richard. “La Flota de Alta Mar Japonesa”. Madrid. 1978.
5. Yardley, Herbert. “The American Black Chamber”. New York. 1931.
6. Layton, Edwards. “And I Was There”.
7. Stinnett, Robert. “Day of Deceit”.
8. Theobald, Robert. “The Final Secret of Pearl Harbor”.
9. Willey, Mark. “Pearl Harbor: Mother of All Conspiracies”.
10. Wikipedia. “Admiral Husband E. Kimmel”.
11. Taringa “Grandes Enigmas Históricos”.

6. De la Sierra, Luis C/F. “La guerra naval en el Pacífico”. Página 434.